

PALABRAS DEL DR. ADELIS LEON GUEVARA EN EL ACTO DE RECIBIMIENTO DE LA DRA. HILDA DUQUE COMO INDIVIDUO DE NUMERO A LA ACADEMIA DE MERIDA.

Glorioso San Benito,
esplendor de la Orden Franciscana,
ejemplar de virtudes, espejo de santidad.
Alcanzadme la gracia del Dios eterno
para que salga bien de este trance académico.

Para estar a tono con las conquistas del socialismo del siglo XXI permítanme decirles que hube de hacer un largo bachaqueo por la historia del Estado Táchira para encontrarme con el Municipio José María Vargas y su capital El Cobre, que Juan Rodríguez Suárez avistó un 24 de agosto de 1558, día de San Bartolomé, en el valle de El Acabuco, comunidad indígena poblada por los indios cobreros, cuando venía en busca de las Sierras Nevadas. Durante la colonia se le conoció como San Bartolomé de El Cobre y ahora Valle de San Bartolomé de Vargas; éste último, epónimo del eminente médico venezolano y aquél por representación del apóstol que fue desollado vivo por Astiages, el rey cruel de Armenia que no pudo someterlo a la adoración de sus ídolos, vale decir, por no haberse sumado al proceso. No he tenido yo la suerte, y en estos tiempos menos, de ver in situ a Bartolomé sosteniendo su propia piel y el cuchillo con que fue despellejado, tal como lo pintó el insigne Miguel Angel en el fin de los tiempos en que Cristo ha de enjuiciar a los vivos y a los muertos; allá en la Capilla Sixtina en donde el pintor dejó, por cierto, su autorretrato en el cuero del apóstol, tal vez como muestra de sumisión cristiana. Fui, pues, a ese bello pueblo de El Cobre, rodeado de verdes paisajes y lugares montañosos, de suelos fértiles donde crece la papa de violáceas flores y universal delicia; la coliflor de blanca pella envuelta en lozanas hojas verdes; la cucurbitácea auyama abrigando con su férrea coraza el áureo corazón y encubiertas semillas; la cebolla luminosa y coqueta que nos hace lagrimear sin amargura y la afrodescendiente caraota (porque ahora no podemos utilizar el adjetivo negro), que antes era comida de las mesas pobres y ahora delicatessen de boliburgueses. Allí, en ameno concierto del río, que baja desde las montañas a regar con canciones fluviales la paz y la tranquilidad de sus gentes, duerme su siesta el pueblo. No fui a buscar las minas de cobre que una vez existieron por allí, sino testimonios sobre el espacio y tiempo donde la doctora Ana Hilda Duque batió el cobre de su infancia para hacerlo luego gualdo metal de aquilatada pureza. Fue allí en

donde recogí de sus vecinos cobrenses (ahora sí cobrenses, pues cobrero es un cambio semántico que modifica la significación del término para referirse, en este caso, a quien le gusta el cobre, y éste una metonimia que refiere a dinero, en nuestra norma lingüística, la plata), recogí, digo, de sus vecinos cobrenses los recuerdos, llenos de gracia, inteligencia y humor, que me contaron, y aunque yo sé que no se trata de exponer en este acto una biografía de la beneficiaria, sino de un discurso de contestación al suyo, me amparo en el baremo para ingreso de los aspirantes a esta corporación que señala “cualquier otra actividad meritoria no incluida”, ¿y qué otra actividad más meritoria que la vida de la doctora Ana Hilda Duque? Y es que la doctora Ana Hilda Duque es bisieista, pues nació dos días antes del primero de marzo (ante diem sextum kalendas martias), aunque por problemas en el parto, doña Delia Antonia, su madre, tuvo que ser trasladada a San Cristóbal, razón por la cual, esta ciudad y El Cobre se pelearon la gloria de su cuna, hasta los trece años cuando El Cobre ganó la contienda, aunque por autocrática decisión de la interesada. Muy niña aun fue enviada a Colón, no como recogidita, sino como ahijada de una tía y fue allí donde ayudaba a su madre, que trabajaba en el Casino militar, a barrer, pulir cubiertos y servir la mesa, y allí, también, por esas rarezas de los militares de entonces, se topó con uno que sabía leer y escribir y le transmitió esas habilidades, además esa otra de comunicación entre movimientos y gestos, acompañados con música, y al compás del antañón vals de la época, los primeros pasos en el baile, actividad que aun ejecuta con destreza, riñendo con la mítica Ptersícore los deleites de la danza. En Colón comenzó sus estudios de primaria en una escuela particular, tanto que tuvo la particularidad de enseñarle a leer correctamente, con las pausas y entonaciones en cada lectura. Me informaron también que su vocación por la geografía se la debe igualmente a Colón, no al almirante genovés, sino al pueblo tachirenses, pues una fría mañana, según recuerdan sus coetáneos, la tía Emilia la envió a comprar queso para el desayuno a una bodega cercana y en lugar de volver a casa por la puerta que conducía a la suya lo hizo por la que daba a la carretera. Los rescatistas, avisados del extravío de la niña, la encontraron bien entrada la tarde, rumbo a La Fría y a no ser por los parlantes del padre Raimundo Pernía, hubiese llegado, con toda seguridad, hasta El Vigía, aunque no con hambre, pues por su viveza andina se comió el queso del mandado y hasta compró pan y refrescos con el vuelto que le dio el bodeguero. Desde entonces, el entorno geográfico no le era extraño, tanto que lo canalizó años después en la Escuela de Geografía de nuestra Universidad, en donde obtuvo

el título de geógrafo, o geógrafa para estar a tono con la gramática del proceso bolivariano. En El Cobre terminó la primaria. Era hacendosa, aplicada en el dibujo y experta en las celebraciones de efemérides, a la par que se aprovechaba de su sapiencia infantil para enseñar a otros niños comentarios sobre diversas lecturas, nada más que por el módico precio de una locha o medio real por cada sesión de aprendizaje. Refiero, por la exaltación de la historia prehispánica que el Socialismo del Siglo XXI da a nuestras glorias indígenas, la memorable presentación que hizo de **maremare**, el baile colectivo para estrechar las relaciones indígenas, en el que fue vestida de indio, tiznada de negro para ocultarle su blancor, con la mala suerte de que al final de la representación enaltecedora de nuestros valores ancestrales, no encontraron forma de quitarle la unción, a lo que hubo de recurrir al jabón de tierra, al estropajo y al agua caliente, con las bravatas de la abuela que sentenció que nunca más dejaría pintar a su nieta de negro, pues prefería dejarla con su blancura original hispana y que el cacique Mare Mare siguiera bailando en el camino de Angostura, con los indios kariñas implorando a sus héroes celestiales por la creación del mundo. Esta era la pequeña Hilda Duque que pasaba en las aldeas vecinas sus vacaciones, entre pájaros de abigarrados plumajes, bajo un cielo plomizo con nubarrones de agua, recolectando leña de cínaros para atizar el fuego del fogón; ordeñando vacas y recogiendo entre la maleza la mortiña arandosa, buena para la memoria; el caimito, excelente para la tos; la guama de nivea pelusa interna, magnífica para el dolor de piernas; el cuchute con harina de arvejas que, regado sobre los hemisferios de una tortilla, con chicharrón de cochino y adornado con una diadema de cilantro y cebollín, era el plato favorito de los bautizos campestres. Y como no eran tiempos de despilfarros y desperdicios, al regreso de las verdes dehesas colindantes tenía que vérselas entre preparar las arepas en el comal de barro, el café y la mazamorra de maíz tierno con leche de vaca, o la de plátanos, de guineos o de chochecos, para la “cena que recrea y enamora”.

Pero la doctora Ana Hilda Duque no saltó de su eglógica comarca como quien salta de un barranco a otro, siempre con el temor de la caída; ella, en persecución de sus saberes se fue a San Cristóbal a continuar estudios secundarios en el Liceo Simón Bolívar y una vez terminado su bachillerato se vino a Mérida, a esta Mérida todavía acogedora, aunque hoy en día caliginosa y mustia y, desde entonces, aquí se ha ranchado, con un siempre de remonta al llegar y un nunca adicionado a la vuelta. En la Escuela de Geografía de nuestra Universidad se graduó de Geógrafo, en el Área de

Geografía Humana y Cultural, en 1971 y en el 2004 egresó como Magister en Etnología, Mención Etnohistoria, para Doctorarse luego en Ciencias Humanas en el 2013, en el Área de Historia Eclesiástica, en la misma Universidad de los Andes; tiene, además, aprobada toda la escolaridad del Doctorado en Antropología, a la espera del Examen de Candidatura para el egreso pertinente. La doctora Duque puede leer, entre otros, **El pensamiento salvaje y La Rama dorada**, de sus pares antropólogos Levi-Strauss y Sir James Frazer, pues ha realizado cursos a nivel de lectura, en francés e inglés, en la Escuela de Letras de Facultad de Humanidades y Educación. A esta Institución universitaria ingresó como docente contratada y luego Ordinario, por concurso de oposición hasta su jubilación en diciembre de 1999, aunque no ha dejado de agradecer a su Universidad todo lo que ha hecho por su formación académica e intelectual y en reciprocidad con lo recibido sigue en la docencia de pre y postgrado, en asesoramientos de memorias académicas, cursos de diplomado y trabajos de Maestría.

La doctora Duque ha sentido siempre fascinación especial por los archivos y es experta en todo lo relacionado con la archivística, tal como lo demuestra su condición de Coordinadora, Asesora o Directora, en variadas oportunidades de los Archivos Arquidiocesanos de Mérida, Caracas, Maracaibo y Táchira, así como consejera para la reorganización del Archivo Central Histórico del Secretariado Permanente del Consejo de Universidades. Ha ejercido la tutoría académica a innumerables estudiantes de pre y postgrado y tutelado pasantías institucionales. Es autora de muchos libros, algunos de cuyos reseño: un contrapunteo epistolar entre Jáuregui y Silva (*Jáuregui y Silva. Contrapunteo epistolar*); un discurso sobre la religiosidad de Mucurubá (*Discurso religioso de Mucurubá*); un diálogo con San Buenaventura para hablarnos de Ejido (*San Buenaventura de Ejido*); nos ha dado cuenta de la devoción de Nuestra Señora de la Consolación de Táriba (*Cuentas de una devoción, Manuscrito de la Cofradía Nuestra Señora de la Consolación de Táriba*); nos ha puesto al tanto sobre la cotidianidad andina (*Vida cotidiana andina*); *La Percepción Geohistórica a través de los documentos del Archivo Arquidiocesano de Mérida*; *Entre la Monarquía y la República. Vida cotidiana en la Diócesis de Mérida de Maracaibo desde la documentación del Archivo Arquidiocesano de Mérida*; así como infinidad de capítulos de libros, monografías y artículos en revistas y periódicos. Ha participado en eventos nacionales e internacionales y su labor docente e investigativa se le ha reconocido con el otorgamiento de premios y distinciones por Instituciones nacionales y extranjeras. Pertenece a

Sociedades Científicas y Profesionales, como la Asociación Venezolana de Archivos Eclesiásticos; la Academia de Historia del Táchira y la Academia Boyacense de Historia (Tunja, Colombia). Hasta hoy fue Miembro Correspondiente Estatal de nuestra Academia, que la recibe ahora como Individuo de Número, para ocupar el Sillón No. con un excelente trabajo, fruto de una larga y ardua investigación, sobre **San Benito y la identidad cultural andina** y el encanto de quien contesta su disertación. No agregaré mayor cosa a lo expuesto por la doctora Duque en su discurso de incorporación, ya que mis reflexiones no serán más que una continuación de las suyas, en la indagación de cómo la devoción a San Benito es una vertiente que conduce a nuestra analogía andina. Pienso con ella que la veneración al Santo negro de Palermo, capital siciliana que para la época dependía de la corona de Aragón, la veneración al santo, digo, tanto en la región lacustre - sur del lago de Maracaibo- como en las montañas andinas nos permite desandar algunos pasos de la historia y deducir que debió hacerse a través de la Real Audiencia de la Nueva Granada, a la que Mérida pertenecía a la llegada del culto. Dos veces al año recalaba la Flota de Indias o del Tesoro Español a Cartagena, allí la esperaban, entre otras, las embarcaciones que partían desde el puerto de San Antonio de Gibraltar, donde se celebraban las Ferias que daban vida al comercio de esta región. Para remarcar más lo expuesto por la recipiendaria, cito a la historiadora Elvira Ramos quien señala que aquellas Ferias fueron una de las vías para la circulación de la producción y se constituyeron en centro de intercambio y de comercio exterior, así como puerta de salida hacia Cartagena de Indias y de ahí a España y México, entre otros destinos. Y puesto que allí confluían gentes de diversas regiones, puede inferirse que el intercambio que se producía no fue sólo comercial, sino que se generó un canje plural de elementos de la vida social ordinaria. En las visitas de Jueces Poblacionales y Visitadores consta cómo los encomenderos tenían sus acemileros, que bajaban a la región lacustre a llevar y traer mercaderías y, desde luego, allí entraban en contacto con diversos grupos étnicos, lo cual explica también que si bien es cierto, como apunta la doctora Duque, que los negros no fueron llevados a zonas de alta montaña, sino que estuvieron centrados en la región del lago, en el Ejido Grande de Mérida y en el sitio de Los Curos, en las plantaciones de cacao y caña de azúcar los indígenas entraron en comunicación a través de lo señalado antes. Consta, además, que en las Visitas efectuadas a lo largo del Siglo XVII, los encomenderos desplazaban a distintos pisos altitudinales a las parcialidades que les eran sujetas y, de manera común, a las plantaciones de cacao.

Sobre las particularidades del culto, asumidas tanto por los negros (perdón, afrodescendientes) como por los indios y mestizos creemos ver las diferencias en sus orígenes étnicos, culturales y religiosos, vale decir, en sus cosmogonías y teogonías, seguramente ocultas bajo el manto de la cristiandad. Hay que tomar en cuenta que Benito Manasseri, San Benito de Palermo, San Benito il moro, San Benito de San de San Fratello, San Benito de San Filadelfo o San Benito el africano, epítetos que acompañan su nombre, es occidental, no vivió en África y como bien lo acota la doctora Duque, se sospecha que sus padres eran cristianos de vieja data y no estuvo, por tanto, en las prácticas ancestrales africanas, ya que pasó su vida en Sicilia, apegado a su doctrina católica, en un ambiente de cisma y contrarreforma, de respuesta drástica y contundente de la Iglesia Católica. Cabe arguir, entonces, que los negros hispanizados incorporaron tambores y bailes, mientras que los indios y mestizos los bailes y rituales de cosechas de sus antepasados, a su acendrada visión cosmogónica y teogónica. En un ambiente marcado por la falta de adoctrinamiento, tal como lo revelan las Visitas, los funcionarios manifestaban las frecuentes quejas de los encomendados, quienes debía trabajar hasta los domingos, en desmedro de una buena formación evangélica. Para ahondar más en el por qué las fiestas de San Benito se ubican, con frecuencia, en las cuencas de los ríos, asumo lo expuesto por la Historiadora del Arte Isabel Parada que ha encontrado en los patrones de poblamiento en la región de Mérida, que una de las condiciones para poblarse a la manera hispana era la existencia de referentes topográficos, pues los indios defendían hacerlo en lugares con características asociadas a decantadas concepciones cosmogónicas. La preferencia por ecosistemas con un cierto tipo de configuración topográfica, aconsejaba que sus asentamientos debían estar comprendidos dentro de un ritualizado paisaje conformado por montañas, ríos, lagunas sagradas y cuevas. Este entorno físico es un ámbito que se repite con algunas variantes en el resto de las poblaciones fundadas por los naturales y donde el concepto de arriba y abajo está presente, lo cual, seguramente, tendría que ver con el supramundo, el mundo y el inframundo. En el Municipio Sucre, que yo sepa, concretamente en Lagunillas, se le rinde culto tanto a San Benito, como a San Isidro (Ysidorus Agrícola), festividades que se acompañan de bailes y danzas y en el sitio nombrado La Aguada, después de Pueblo Nuevo del Sur apareció una imagen de San Benito, venerada por los moradores de allí en una capilla construida por los meros habitantes de la región.

Señores Académicos: si algo he dejado fuera de comentario, pido excusas y relanzo la culpa a mi incapacidad para hacerlo mejor; pero eso sí, nunca excusaré el deleite de haber leído este bello trabajo de la doctora Duque en el que, dicho en lo ya expuesto, nos acerca de manera exitosa a nuestra identidad cultural andina, y lo hace a través de un Santo cuya religiosidad y devoción no pertenecen solo a su iglesia, sino que son del dominio y propiedad del pueblo; de ese pueblo que lo hizo Siervo, Venerable, Beato y, finalmente, Santo. Sospecho que la más grande exaltación que aspira todo cristiano es la de alcanzar la santidad y como quiera que yo lo soy, no excluyo la posibilidad, como le oí decir a un sacerdote carmelita, entrañable amigo, que todos estamos llamados a ser santos, me esperanzo en que alguien me postule y adjunte como el más grande de los milagros el haber sobre vivido a ese mamarracho ideológico que ha llevado al país a la desolación y la ruina. Doctora Hilda Duque, bien llegada usted a esta su casa, como se dice, y siga ilustrándonos con su pensamiento y sapiencia por muchísimos años. Muchas gracias.